

LA SANTIDAD COMO PROGRAMA PASTORAL Reflexiones sobre la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*

ENRIQUE BORDA

Los criterios de contenido y método para promover hoy en la Iglesia una pastoral que tenga como principal objetivo la santidad de los fieles nos los ofrece Juan Pablo II en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. Indicando lo que va a ser el tema central de la presente comunicación encontramos esta afirmación del Papa: «No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad»¹. Aquí tenemos planteado un reto importante: conseguir que la pastoral en este inicio del nuevo milenio tenga como horizonte el ideal de la santidad. Podría parecer esta propuesta algo genérico o poco consistente. De hecho el mismo Juan Pablo II reconoce esta posible perplejidad cuando un poco más adelante se pregunta: «¿Acaso se puede “programar” la santidad? ¿Qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral?»². La realidad es que no sólo es posible sino que además es muy necesario pensar hoy la pastoral en clave de santidad.

¿De donde procede y cuál es el alcance de este nuevo reto? Tenemos que remontarnos hasta el Concilio Vaticano II y concretamente a la doctrina que allí se recoge sobre la santidad. El Concilio propone una nueva comprensión de la santidad cristiana y esto trae consigo una revisión de los planteamientos pastorales que hasta entonces eran corrientes; cosa lógica por otra parte porque la pastoral siempre ha estado profundamente vinculada a la vida espiritual de los fieles. En efecto, cada cambio importante en lo que se refiere a la espiritualidad (como lo es, por ejemplo, el surgir de nuevas formas de vida cristiana en la historia de la Iglesia), trae consigo cambios importantes en la pastoral, puesto que todo nuevo mensaje genera de alguna manera una pastoral que lo acompaña para poder difundirse, asentarse, mantenerse

1. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (NMI), n. 30.

2. NMI, n. 31.

vivo. Las reformas que no han progresado ha sido casi siempre por causa de planteamientos pastorales erróneos.

¿Cómo puede hacerse entonces operativa la llamada a la santidad en la Iglesia? ¿Cómo traducir esto en un concreto programa pastoral? Habría que trabajar, sobre todo, en dos direcciones: que pueda realizarse eficazmente un anuncio de la vocación universal a la santidad y que se puedan crear las modalidades de acompañamiento pastoral apropiadas para todos aquéllos que deseen seguir esta llamada.

1. LA PROPUESTA DEL VATICANO II

En el Nuevo Testamento, tanto en la literatura paulina como en los Hechos de los Apóstoles, los cristianos con frecuencia son designados con la palabra «santos»³. Así, al comenzar muchas de sus cartas, s. Pablo se dirige a ellos llamándolos precisamente con este nombre: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, (...) a todos los amados de Dios que estáis en Roma, santos por vocación...» (Rm 1, 7). Señal inequívoca de que entre los primeros discípulos de Cristo estaba muy viva la conciencia de la meta a la que habían sido llamados y que constituía la base y el punto de referencia del modo que tenían de pensar y de vivir el cristianismo; «por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo —recuerda el apóstol a los cristianos de Éfeso— para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor» (Ef 1, 4).

Hundiendo sus raíces en esta genuina tradición apostólica y en no pocas experiencias de renovación en el ámbito del laicado que han caracterizado la vida de la Iglesia durante la primera mitad del siglo XX, el Concilio Vaticano II no dudó en proponer a todos los fieles el ideal de la plenitud de la vida cristiana, invitándoles a seguir con firmeza el camino hacia la santidad⁴. Al mismo tiempo el Concilio impulsó un programa de reforma, con objetivos que son bien conocidos, siendo precisamente la propuesta de la santidad para todos los fieles uno de los principales pilares sobre los que se quiso apoyar la renovación de la vida de la Iglesia en nuestro tiempo⁵.

3. Hch 9, 13; 9, 32; 9, 41; 26, 10; Rm 1, 7; 12, 13; 15, 25-26; 16, 15; 1 Cor 1, 2; 1 Cor 6, 1-2; 1 Cor 16, 15; 2 Cor 1, 1; Ef 1, 1; Fil 1, 1; Col 1, 2; etc.

4. Es conocido el texto: «Para todos, pues, está claro que todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Esta santidad favorece, también en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano» (LG 40).

5. Cfr. Karol WOJTYLA, *La renovación en sus fuentes: sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1982.

Ahora bien, hay que reconocer que asumir responsablemente la tarea de hacer llegar a todos la conciencia de la llamada universal a la santidad —profundamente vinculada al carácter universal de la misma Iglesia, que no sólo implica que *todos* están llamados a ser santos sino también que *todas* las circunstancias de la vida pueden ser santificadas⁶—, requiere un serio replanteamiento de la pastoral. Plenamente conscientes de esta exigencia, tanto la Santa Sede como las Conferencias Episcopales fueron impulsando ya desde los años inmediatamente posteriores al Concilio, y siguiendo las directrices generales del mismo, diversas iniciativas orientadas a poner en marcha en todos los sectores de la vida eclesial la auspiciada renovación, dando las oportunas orientaciones y creando nuevos instrumentos al servicio de la acción pastoral. De esta manera una nueva pastoral ha ido abriéndose paso en medio de no pocas dificultades y en la actualidad se puede constatar cómo ha transformado gradualmente, en estos casi 40 años de historia, la vida y la acción de la Iglesia. A nadie se le oculta, sin embargo, que todavía queda mucho camino por recorrer para disponer de nuevos modelos de acción pastoral que sean instrumento eficaz de evangelización y que logren suscitar en todas partes auténticos testimonios de santidad con los que edificar la Iglesia en este nuevo milenio que acaba de iniciarse.

Aunque en los últimos decenios del siglo xx no han faltado proyectos pastorales que han intentado contribuir a impulsar la renovación auspiciada por el Concilio, sin embargo el horizonte en el que muchos de ellos se han movido no ha logrado suscitar entre los fieles un verdadero afán de santidad. De hecho, de diversas partes provienen críticas a algunas propuestas pastorales, hoy bastante difundidas, acusándolas de estar lejos de suscitar un verdadero afán de santidad en los fieles, manteniéndoles en una cierta mediocridad espiritual, sin hacer madurar en ellos una vida cristiana auténtica⁷. Parece que ha llegado el momento de pensar en una superación de estos planteamientos especialmente por lo que se refiere a las opciones de fondo que orientan y dan consistencia a los proyectos concretos. En la *Novo millennio ineunte*, por ejemplo, Juan Pablo II exhortando a todos los pastores de la Iglesia a señalar las etapas del futuro camino de sus respectivas iglesias locales, marca unas pautas muy claras para que sirvan de referencia y de orientación común⁸.

6. Cfr. Fernando OCÁRIZ, *La universalidad de la Iglesia*, en «Scripta Theologica» 34 (2002) 559.

7. Cfr. J. CASTELLANO, *Esigenze odierne di spiritualità: memoria e profezia*, en «Rivista di vita spirituale» 55 (2001) 438-439.

8. Cfr. NMI, nn. 3; 30-41.

2. UN FUERTE IMPULSO EN LA *NOVO MILLENNIO INEUNTE*

En esta tarea de reforma la reciente Carta apostólica de Juan Pablo II *Novo millennio ineunte*, supone un importante punto de referencia y de inspiración. Éste es precisamente el deseo del Papa: «Nos espera, pues, una apasionante tarea de renacimiento pastoral. Una obra que implica a todos. Sin embargo, deseo señalar, como punto de referencia y orientación común, algunas prioridades pastorales»⁹. Esta Carta, que sella la conclusión del Jubileo del año 2000 y que puede ser considerada como programática para la tarea evangelizadora de la Iglesia en el nuevo milenio, dedica una peculiar atención al tema de la santidad señalándolo como tarea pastoral prioritaria para la Iglesia de nuestro tiempo. No pasa desapercibido el relieve que allí se concede a esta cuestión: «En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad» (n. 30); «hacer hincapié en la *santidad* es más que nunca una urgencia pastoral» (n. 30). Por este motivo ahora «es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección» (n. 31).

Como puede apreciarse se trata de privilegiar en toda programación pastoral la santidad personal de cada cristiano. Esto mismo lo hacía aún más explícito Juan Pablo II, dirigiéndose a un grupo de obispos ecuatorianos en visita *ad limina*: «cualquier plan pastoral ha de tener como meta última e irrenunciable la santidad de todo cristiano, el cual no puede “contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial” (NMI 31)»¹⁰. En última instancia de lo que se trata es de ayudar a cada fiel para que quiera y consiga ser santo; es decir, *puros e inmaculados ante Dios* (cfr. Ef 1). La santidad es entonces la meta, objetivo y criterio de la acción pastoral¹¹. No pasa desapercibida la trascendencia de esta

9. NMI, n. 29.

10. Cfr. JUAN PABLO II, Discurso a los obispos del Ecuador en visita *ad limina*, 20-5-02.

11. Juan Pablo II explica del siguiente modo la implicación pastoral que tiene la vocación a la santidad: «Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” llevaba a descubrir también su “santidad”, entendida en su sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el “tres veces Santo” (cfr. Is 6, 3). Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de Esposa de Cristo, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cfr. Ef 5, 25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. Pero el don se

propuesta que pide a la Iglesia un esfuerzo para crear nuevos «aerópagos» desde los que proclamar a todos el ideal de la santidad, y desarrollar itinerarios formativos que concedan amplio espacio a una sapiente *pedagogía de la santidad* (cfr. NMI, 31).

Este planteamiento requiere lo que podríamos llamar una *pastoral de la santidad* que responda a las necesidades más profundas del hombre de hoy y que promueva eficazmente, a través de un fuerte anhelo de santidad, la renovación de la vida de la Iglesia querida por el Concilio. La convicción de que sólo la verdadera santidad es el motor de tal renovación lleva además a Juan Pablo II a lanzar un desafío para encontrar nuevas modalidades de acción pastoral en las que la realidad de la santidad ocupe el lugar que le corresponde¹².

La originalidad y la fuerza de esta *nueva pastoral* está en el hecho de que hunde sus raíces precisamente en uno de los temas más fundamentales del Concilio, que a su vez se remonta a la misma tradición apostólica. La palabra *santidad* llega a ser así un punto de referencia de gran envergadura teológica para alcanzar una comprensión renovadora y revitalizar la acción pastoral, y también un criterio desde el que valorar la consistencia, la eficacia y los resultados de misma.

3. EL CONTEXTO DE LA PROPUESTA

La importancia que la NMI concede a la santidad como base de la renovación espiritual y pastoral no es, sin embargo, una novedad. Tiene sus precedentes más cercanos en la encíclica *Redemptoris missio*. En aquella ocasión Juan Pablo II afirmaba que «la vocación universal a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal a la misión». Y concluía expresando la convicción de que «no basta renovar los métodos pastorales, ni organizar ni coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo anhelo de santidad entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana»¹³. Algunos años más tarde, con ocasión de la preparación de la Iglesia al gran Jubileo del año 2000, afirmaba que entre los objetivos del mismo estaba el de «suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad»¹⁴. Y

plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: «Ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Ts 4, 3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: «Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor» (NMI, n. 30).

12. Cfr. NMI, nn. 44-52.

13. *Redemptoris Missio*, n. 90.

14. *Tertio Millennio Adveniente*, n. 42.

en otra ocasión anterior proclamaba el relieve de la santidad en la vida del cristiano diciendo que «la santidad es el gusto específico de la vida cristiana»¹⁵.

Estas expresiones y otras muchas de este tenor que se podrían añadir, son solo piezas de un mosaico mucho más amplio. En efecto, para Juan Pablo II, frente a la santidad de las tres Divinas Personas, y antes de la de cada cristiano, está la santidad de la Iglesia, la Esposa de Cristo. La santidad pertenece esencialmente al misterio de la Iglesia, es uno de sus elementos constitutivos, y por tanto, sus miembros no pueden ser ajenos a esta realidad. La Iglesia es la que plasma al hombre haciéndolo partícipe de la vida divina. Por eso en la Iglesia todo existe para alcanzar este fin, y el primero de los objetivos de su vida interna no es otra cosa que la santificación del hombre¹⁶. El entero pontificado de Juan Pablo II, ya próximo a celebrar los xxv años, puede ser leído precisamente en esta clave de la santidad. Para él la historia de la Iglesia es una historia de santidad¹⁷; una historia que ha querido poner de relieve también con el elevado número de beatificaciones y canonizaciones y en modo particular con los ejemplos más recientes de los testigos de la fe del siglo xx¹⁸, llevado siempre por el convencimiento de que la santidad es la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia y de que los santos son quienes la dan a conocer en su verdad más íntima¹⁹.

Es significativo que desde la publicación de la Carta *Novo millennio ineunte* Juan Pablo II no ha cesado de proponer con insistencia a todos los fieles el ideal de la santidad en muchos de sus discursos y homilias. Es una clara señal de la importancia que concede a este tema, que también puede advertirse por el tenor de algunas de sus intervenciones más recientes:

A los obispos: «La santidad personal es la condición para la fecundidad de nuestro ministerio como obispos de la Iglesia. Nuestra unión con Jesucristo es la que determina la credibilidad de nuestro testimonio del evangelio y la eficacia sobrenatural de nuestra actividad y de nuestras iniciativas»²⁰.

15. JUAN PABLO II, *Homilía en la Misa de Beatificación de Pio Campidelli, María Teresa Gerhardinger y Rebecca Ar-Rayes*, 17-11-85, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VIII-2, 1985, p. 1272. Cfr. *Christifideles Laici*, n. 16.

16. Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a los colaboradores del Gobierno Central*, 28-6-1982, nn. 2; 11, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, V-2, 1982, pp. 2429, 2440.

17. Bula *Incarnationis Mysterium*, n. 11.

18. NMI, n. 7.

19. *Ibid.*

20. JUAN PABLO II, *Discurso a las jornadas de estudio para nuevos obispos*, 5-7-01.

A los sacerdotes. «Por este motivo es muy importante que nosotros los sacerdotes, seamos los primeros en responder con sinceridad y generosidad a aquella llamada a la santidad que Dios dirige a todos los bautizados»²¹.

A los jóvenes. «¡No esperéis a tener más años para adentraros en el camino de la santidad! La santidad siempre es juvenil, de la misma manera que la juventud de Dios es eterna. (...). En los momentos difíciles de la historia de la Iglesia, el deber de la santidad se hace todavía más urgente. Y la santidad no es una cuestión de edad. La santidad es vivir en el Espíritu Santo, como hicieron Kateri Tekakwitha y muchos otros jóvenes»²².

A las familias. «El matrimonio que habéis celebrado un día, más o menos lejano, es vuestro modo específico de ser discípulos de Jesús, de contribuir a la edificación del Reino de Dios, de caminar hacia la santidad a la que todo cristiano está llamado. Los esposos cristianos, como afirma el Concilio Vaticano II, cumpliendo su deber conyugal y familiar, “se acercan cada vez más a su propia perfección y a su santificación mutua”»²³.

No sorprende, por tanto, que la palabra «santidad», con todas sus implicaciones y consecuencias pastorales, haya ido cogiendo cada vez más fuerza en estos últimos años²⁴ y que algunas Conferencias Episcopales la hayan acogido con entusiasmo y esperanza en sus recientes orientaciones y planes pastorales para los primeros años del nuevo milenio, proponiendo la santidad como la tarea prioritaria que hay que realizar para renovar la acción pastoral de la Iglesia en el nuevo milenio²⁵.

4. LAS CUATRO REFERENCIAS DE LA «NUEVA PASTORAL»

¿Cuáles pueden ser las pautas de una pastoral que se proponga como objetivo primordial la santidad de los cristianos? Son muchos e

21. *Discurso en el Encuentro con los párrocos y el clero de la Diócesis de Roma*, 6-3-03.

22. *Discurso en las Jornadas Mundiales de la Juventud 2002, Vigilia con el Santo Padre*, Toronto, 27-7-02.

23. *Discurso en el Encuentro mundial de las familias*, Manila, 26-1-03.

24. Cfr. «Rivista di Vita Spirituale» 60 (2001) 369-629 y 61 (2002) 359-577.

25. Es el caso, por ejemplo, de la Conferencia Episcopal Española: «La santidad ha de ser la perspectiva de nuestro camino pastoral y el fundamento de toda programación. (...). Ello pide que tanto pastores como fieles, comenzando por nosotros mismos los Obispos, dejándonos llevar de la acción del Espíritu, sigamos más de cerca las huellas de Cristo, cada cual según nuestro estado y servicio en la Iglesia. Asimismo las personas y las instituciones eclesiales han de capacitarse para desarrollar una verdadera pedagogía de la santidad. La floración de santos ha sido siempre la mejor respuesta de la Iglesia a los tiempos difíciles» (Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005, *Una Iglesia esperanzada «¡Mar adentro!»* (Lc 5, 4), n. 17). Igualmente la Conferencia Episcopal Italiana coloca en primer lugar el empeño por una pastoral de la santidad dentro de los principales pasos que habrán de darse en los primeros años de este nuevo milenio: cfr. *Comunicare il Vangelo in un mondo che cambia*. Junio 2001, n. 67.

importantes los *contenidos* que Juan Pablo II propone: dar mayor relieve a la oración personal y comunitaria²⁶, a la Eucaristía dominical²⁷ y a la Liturgia de las Horas²⁸; lograr una mayor familiaridad con la Sagrada Escritura meditando con frecuencia la Palabra de Dios personalmente y en grupo²⁹; reavivar en todas las comunidades cristianas un compromiso apostólico más vivo e incisivo³⁰ y la práctica frecuente de la reconciliación sacramental; un mayor esfuerzo en el ámbito ecuménico para ver realizada en la historia la unidad de los cristianos; y dar una nueva faz a la caridad que es lo que «caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral»³¹.

Pero es posible individuar además algunas opciones de fondo que esta nueva pastoral está asumiendo para dar una respuesta a la necesidad de hacer de la llamada a la santidad algo concreto y accesible a todos en la Iglesia. Se podrían señalar cuatro puntos que parecen ser sus presupuestos fundamentales. Nos limitaremos a señalarlos simplemente porque, por su complejidad y extensión, son temas que exceden el ámbito de esta comunicación.

a) El primero concierne a su raíz cristológica. Es algo que es necesario plantear de nuevo, tanto en el plano teórico como en el práctico. Se trata, por una parte, de la toma de conciencia de la prioridad de la gracia de Cristo en la acción pastoral de la Iglesia, que responde al principio fundamental del *primado de la gracia*, que es la fuente inspiradora de toda acción pastoral y el principio estructural de la misma³².

«En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida:

26. «Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración» (NMI, n. 32).

27. «Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana» (*ibid.*, n. 35).

28. «Está quizá más cercano de lo que ordinariamente se cree, el día en que en la comunidad cristiana se conjuguen los múltiples compromisos pastorales y de testimonio en el mundo con la celebración eucarística y quizás con el rezo de Laudes y Vísperas» (*ibid.*, n. 34).

29. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio* divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia (*ibid.*, n. 39).

30. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos (*ibid.*, n. 40).

31. NMI, n. 49.

32. Cfr. NMI, n. 38. «La question que pose Jean Paul II ne se situe pas au seul niveau de la nécessité de plus de piété dans l'Église. Elle concerne la structure même de l'action pastorale, et son efficacité»: Denis BIJU-DUVAL, *Le primat de la grâce dans l'action pastorale*, en «Lateranum» 67 (2001) 423.

la primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, «no podemos hacer nada» (cfr. Jn 15, 5) (NMI, 38)³³.

Y, por otra parte, tener presente que el camino de cada fiel hacia la santidad consiste en una pertenencia cada vez más profunda y total a Cristo, que ha de madurar en el ámbito de una relación real y personal con Él, vivida en la concreta comunidad eclesial en la que cada uno es acogido. Por esta razón el itinerario formativo de los fieles a la santidad consiste en con-formales a la imagen de Cristo y la meta concreta es, por tanto, que cada fiel encuentre a Cristo, y pueda vivir en la Iglesia según «el “alto grado” de la vida cristiana ordinaria» (cfr. NMI, n. 31).

«No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (NMI, n. 29).

b) Habrá que prestar también una particular atención a la eclesiólogía de comunión. En efecto, el marco indispensable para realizar esta pastoral es asumir como paradigma el principio de la comunión eclesial que es fruto y manifestación del amor.

«Otro aspecto importante en que será necesario poner un decidido empeño programático, tanto en el ámbito de la Iglesia universal como de la Iglesias particulares, es el de la comunión (koinonía), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia» (NMI, n. 42).

Existe una profunda relación entre la santidad y la comunión eclesial. Ésta es manifestación de la caridad, que es a lo que aspira también la santidad. La verdadera *koinonía* se realiza cuando está presente el sincero empeño por alcanzar la santidad como tarea y camino que hemos de emprender juntos. Por esto Juan Pablo II no duda

33. La Conferencia Episcopal Española recoge en su Plan Pastoral la importancia decisiva de este aspecto: «La misma dinámica de las estructuras nos puede llevar a veces a la tentación de confiar más en nuestra capacidad de organizar y programar que en la gracia de Cristo, por lo que hemos de afirmar en la teoría y en la práctica la primacía de la gracia». Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005. *Una Iglesia esperanzada «¡Mar adentro!»* (Lc 5, 4), n. 51.

en afirmar que el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza es hacer de la Iglesia la «casa y la escuela de la comunión»³⁴.

Por otra parte se siente cada vez más la urgencia de un «clima» de comunión más profunda a todos los niveles: entre pastores y fieles, entre obispo y presbiterio, entre los mismos sacerdotes y también entre los agentes de pastoral que dedican tiempo y esfuerzo a muchas y variadas iniciativas. De aquí la importancia de promover, antes de cualquier otra cosa, una «espiritualidad de la comunión», que favorezca y estimule la comunión entre todos aquéllos que han sido llamados a trabajar en la viña del Señor. En efecto, la comunión, al manifestar la misma esencia de la Iglesia es algo que es necesario testimoniar para que la acción pastoral sea eficaz; pues proviniendo de la comunión, hacia la comunión tiende. La *pastoral de la santidad* es también *pastoral en comunión* y *pastoral de la comunión*.

«Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades» (NMI, n. 43).

c) Se puede constatar también un esfuerzo por asimilar cada vez mejor la *nueva* comprensión de la santidad propuesta por el Concilio e impulsar un nuevo modo de presentarla a los fieles, basándose en la toma de conciencia de que la santidad cristiana es un *don de Dios* que se recibe a través del bautismo (Tit 3, 5), y que confiere al hombre una verdadera participación en la misma naturaleza divina (2 Pe 1, 4). El Nuevo Testamento cuando nos habla del bautismo, lo designa como un nuevo nacimiento (Juan 1, 13), una nueva vida (Rm 6, 4), una nueva criatura (2 Cor 5, 17).

«Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da a cada bautizado. (...). Como el Concilio mismo explicó, este ideal de perfección no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos “genio” de la santidad. Los caminos de la santidad son múltiples y adecuados a la vocación de cada uno. Doy gracias al Señor que me ha concedido beatificar y canonizar durante estos años a tantos cristianos y, entre ellos a muchos laicos que se han santificado en las circunstancias más ordinarias de la vida» (NMI, nn. 30, 31).

La *pastoral de la santidad* está caracterizada, en cierto sentido, como *pastoral bautismal*, porque conduce a una toma de conciencia

34. NMI, n. 43.

cada vez más profunda de la realidad del propio bautismo y de las consecuencias concretas que esto tiene en la vida de cada fiel y, en esta misma línea, también como *pastoral vocacional* porque sitúa al cristiano ante una llamada concreta que Dios le dirige personalmente y a la que debe responder comprometiéndose en el camino de la santidad.

d) Pero la santidad no es sólo un *don* sino que es también una *tarea* que cada cristiano tiene que asumir según sus circunstancias y sus condiciones personales. El camino hacia la santidad lo realiza cada uno en el propio estado de vida y esto requiere una cura pastoral más personalizada, es decir que la pastoral asuma más responsablemente la dimensión personal, dando vida a un esquema más centrado en la persona del cristiano. La *pastoral de la santidad* habrá de ser, en cierto modo, una *pastoral de la persona*.

Juan Pablo II distingue con claridad los diversos niveles en los que se sitúa la acción pastoral: la persona, la comunidad, la sociedad³⁵. En efecto, la acción de la Iglesia va dirigida en primer lugar a formar a las personas, para después constituir con ellas las diversas comunidades cristianas. Finalmente, a través de las comunidades cristianas y de cada uno de los fieles, el evangelio llega e incide con profundidad en la entera sociedad y en la cultura. Pero en la base está siempre la persona.

En este sentido, y sin olvidar que toda la acción pastoral tiene como objetivo edificar la comunidad cristiana como una comunidad de fe y de culto, nos parece indispensable incluir en esta tarea el esfuerzo dirigido a re-descubrir y valorar el *ser persona en la Iglesia*, que se traduce en una acción pastoral pensada y llevada a cabo de tal modo que se consiga prestar una mayor atención a cada fiel en la multiplicidad de situaciones que entretujan su existencia. Sin esta preocupación no se conseguiría proponer adecuadamente a todos los fieles un ideal concreto de santidad y dirigirlos con eficacia hacia esta meta. Si la propuesta para renovar y revitalizar hoy la pastoral es promoverla en clave de santidad, no es menos cierto que para lograrlo es necesario dar vida a un esquema centrado en la persona del cristiano.

«Los caminos de la santidad *son personales* y exigen una pedagogía de la santidad verdadera y propia, que sea capaz de adaptarse a los *ritmos de cada persona*. Esta pedagogía debe enriquecer la propuesta dirigida a todos con las formas tradicionales de *ayuda personal* y de grupo, y con las formas más recientes ofrecidas en las asociaciones y en los movimientos reconocidos por la Iglesia» (NMI, n. 31).

35. «Que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura» (NMI, n. 29).

Será ésta una pastoral dirigida a la construcción de la personalidad del cristiano, buscando llevar a la plenitud su unión con Cristo, en función de la real situación existencial en la que vive, y de tal modo que éste pueda moverse con autonomía, responsabilidad y libertad tanto en la Iglesia como en el mundo. Esta pastoral será necesariamente una pastoral creativa porque, poniendo la persona en un primer plano, trata diligentemente de suscitar y sostener el esfuerzo espontáneo y el interés de cada fiel por alcanzar la santidad a la que ha sido llamado, que es, en definitiva, el ideal de cristiano que constituye la meta de todos sus esfuerzos e iniciativas.

Concluyo con unas palabras de san Josemaría Escrivá que son el mejor resumen de cuanto hemos querido poner de relieve en estas líneas:

«¡Cuánto me emociona pensar en tantos cristianos y en tantas cristianas que, quizá sin proponérselo de una manera específica, viven con sencillez su vida ordinaria, procurando encarnar en ella la Voluntad de Dios! Darles conciencia de la excelcitud de su vida; revelarles que eso, que aparece sin importancia, tiene un valor de eternidad; enseñarles a escuchar más atentamente la voz de Dios, que les habla a través de sucesos y situaciones, es algo de lo que la Iglesia tiene hoy apremiante necesidad: porque a eso la está urgiendo Dios» (*Conversaciones*, 112).